

Necrológicas

Doctor Baldomero Cuenca

† el 11 del corriente

Sorprendido tristemente con la noticia inesperada del fallecimiento del doctor Baldomero Cuenca, a quien profesaba desde mi época de estudiante, esa estimación respetuosa que suelen inspirarnos los hombres que han pasado los mejores años de su vida dedicados a practicar el bien, he querido asociarme en estas páginas al homenaje tributado a este digno maestro en el ejercicio de la Medicina.

Nacido en España en el año 1848, el doctor Cuenca había cursado sus estudios en la Facultad de Medicina de Sevilla.

Concluída su carrera, embarcóse para nuestro país, revalidando en el año 1871 su título de Médico Cirujano ante la Junta de Higiene, presidida por el doctor G. Segura; era aún muy joven, 23 años de edad tenía en aquel entonces.

Establecióse primeramente en la ciudad del Salto, en la que estuvo radicado durante veintidós años, teniendo allí oportunidad de dar a conocer sus brillantes dotes profesionales y captarse el más alto aprecio de toda aquella población, habiendo ocupado además, durante todo ese tiempo, el puesto de Médico de Policía, en el desempeño de cuyo cargo demostró siempre ser correctísimo funcionario. Habiéndose después trasladado a nuestra Capital para continuar ejerciendo su carrera; vióse pronto rodeado de una de las clientelas más numerosas y conocidas en aquella época.

Solicitado sin descanso, durante más de dos décadas, para atender día y noche los continuos llamados de sus enfermos, supo en todo momento revelar esos sentimientos de honorabilidad que tanto enaltecen a los que como el doctor Cuenca, han sabido llenar con suprema dignidad sus deberes profesionales.

En estos últimos tiempos habíase retirado para disfrutar del descanso necesario que reclamaba una vida vívida intensamente, con todos los sacrificios que entraña la labor incesante desplegada por más de cuarenta años en el ejercicio de tan noble apostolado como el de la Medicina.

Pertenecía el doctor Cuenca a ese núcleo selecto de médicos

españoles que tan honrosa figuración han tenido en nuestra sociedad. Dotado de clara inteligencia, apasionado por el estu-



dio, de vasta experiencia y de grandes condiciones morales, llevaba su personalidad el sello augusto de los hombres superiores.

¡Cuántas veces hemos oído pronunciar el nombre del querido y respetado colega, con expresiones que revelaban a un tiempo, íntimos afectos y recuerdos perdurables de gratitud!

Conocedor profundo de muchas de las causas misteriosas que provocan o acompañan esa multitud de dolencias que aquejan al organismo, sabía con su actitud reposada y juicio sereno, sembrar la tranquilidad y la confianza en torno suyo, desvaneciéndose en ocasiones, con su sola palabra, muchas de esas tribulaciones que suelen agitar a los enfermos embargados por el dolor.

Gozaba de consideraciones elevadas en el seno de nuestro cuerpo Médico, al que se encontraba estrechamente vinculado por una actuación sobresaliente, tan correcta como distinguida, y por lazos de consanguinidad médica en las personas de dos de sus hijos, hoy colegas nuestros, que han heredado legítimamente las virtudes y el talento de este reputado facultativo, como para perpetuar la tradición honrosa del jefe de la familia.

Si puede decirse que la generosidad y la hidalguía son rasgos que caracterizan a la raza española, y acaso con más precisión a los médicos hijos de nuestra madre Patria, deberíamos en estos momentos buscar digno marco para presentar como uno de los modelos más acabados de tan excelsas cualidades, la figura veneranda del doctor Baldomero Cuenca.

En nombre de la Dirección de esta Revista cumplimos con el penoso deber de enviar a los deudos del extinto, las expresiones más íntimas de su condolencia por la desaparición del doctor Baldomero Cuenca, cuya larga actuación en nuestro país deberá recordarse como ejemplo de dignidad profesional, de sentimientos altruistas.

Mayo 12 de 1915.

J. ETCHEPARE.

El acto de la inhumación de los restos del doctor Baldomero Cuenca, fallecido en esta Capital el día 11 del corriente, dió motivo a una imponente manifestación de duelo, notándose en el cortejo la presencia de la mayor parte del Cuerpo Médico de Montevideo y de los elementos más caracterizados de la colectividad española.

Hicieron uso de la palabra los doctores Andrés Puyol y Francisco Súnier y Capdevila, pronunciando los sentidos discursos que publicamos a continuación.

Discurso pronunciado por el doctor Andrés Puyol

El Directorio de la "Sociedad Vilardebó" me ha encomendado la penosa misión de dar el supremo adiós en su nombre, al que fué el doctor Baldomero Cuenca, cuyo inesperado fallecimiento ha causado profunda impresión, doloroso estupor. Ayer todavía veíamos su simpática silueta de viejo hidalgo por nuestras calles, gozando de un merecido descanso, después de larga jornada llena de sacrificios y abnegaciones, sin pensar que pronto la muerte troncharía de una manera brutal, de un solo golpe, su existencia, esa existencia que consagró precisamente a vencerla, a subyugarla.

No pretendo hacer su biografía, otros con más autoridad, con frase más galana y pulida, se encargarán de hacerlo: deseo tan sólo hacer resaltar su actuación en la Vilardebó, a la que siempre prestó su inteligente y desinteresado concurso. Desde los comienzos de nuestra Institución que un grupo de distinguidos colegas bien intencionados fundara, concibiendo esperanzas generosas que no se realizaron jamás, el doctor Cuenca pidió en ella un puesto de combate, que abandonó poco ha, cuando, dando por terminada su vida profesional, se otorgara un descanso que poco duró.

Durante el ejercicio de su profesión puso al servicio de ella su clara inteligencia y una consagración abnegada. De él puede decirse ajustándose a la más estricta verdad, que hizo de ella un apostolado, jamás bastardeado por intereses de otro orden que no fueran los del enfermo. En nuestro medio fué un ejemplo de corrección y caballerosidad; ejerció al modo de los galenos de otras épocas, épocas en las que se luchaba por dar la salud, no se lucraba con ella.

¡En cuánto hogares se recordará con tristeza al buen doctor Cuenca, a aquel que junto con su bagaje de saber aportaba al enfermo el bálsamo y el consuelo de su palabra, suave y culta, y hasta el encanto de su figura, grave sí, pero dulcificada por esa sonrisa benevolente que en él era característica!

En todos los cargos que ocupó en sus Directorios, puso de manifiesto su infatigable laboriosidad. Hombre de consejo claro, rovidente, enemigo del palabrerío vano, con frase concisa ex-

ponía sus ideas, siempre prácticas, siempre beneficiosas para la Vilardebó. En medio de sus múltiples tareas y de la atención que requería su clientela, encontró el modo de no faltar jamás a sus sesiones. Era de los enamorados de la idea, era de los que creía con fe, con entusiasmo, que la Vilardebó llegaría a ser un día el *trait d'union* entre los médicos, su protectora, su dignificadora. Hermosa quimera que la realidad hizo esfumar como ha hecho esfumar todas las tentativas que en un sentido o en otro se han hecho para mejorarnos o acercarnos! Aun hace poco, en una asamblea que se verificó para tratar de la liquidación de la Sociedad de Socorros entre los Médicos del Uruguay (otra bella iniciativa fracasada), aportó a ella el prestigio de su persona, encomiando con hermosas palabras la labor de su última Directiva como si quisiera con ellas paliar el efecto producido en nosotros, por el desvanecimiento de ideales largamente acariciados.

¡Doctor Cuenca, alma selecta, médico sin tacha, hombre bueno, descansa en paz; que vuestro espíritu flotando en las tranquilas regiones de lo incorpóreo, vele y marque la buena ruta a nuestra gran familia médica que tanto amasteis!”

Palabras pronunciadas por el doctor Francisco Suñer y Capdevila

Señores:

Con el ánimo profundamente apenado y abatido, no me siento con fuerzas para pronunciar un discurso en este solemne acto. Pero deseo, sin embargo, rendir en pocas palabras el último tributo de consideración y de afecto a los despojos mortales del que fué mi queridísimo amigo, mi inolvidable compatriota doctor don Baldomero Cuenca.

Y al rendirlo, no lo limito a un tributo puramente personal ni siquiera al de la Sociedad “Hospital Español”, que tengo la honra de representar en este momento y de cuya Junta Directiva formó hasta ayer el doctor Cuenca parte integrante y principal; sino que me permito rendirlo en nombre de todos los españoles, de todos los orientales, de todos los hombres de corazón que tuvieron la dicha de apreciar de cerca la alta valía de su noble personalidad.

Esposo ejemplar, padre incomparable, amigo leal, ciudadano integérrimo, amante apasionado de su Patria, de nuestra querida España, a la que amó con delirio, lo mismo que a esta

República del Uruguay, Patria de sus hijos,—médico esclarecido y cultísimo y tan bondadoso como esclarecido, reunía el doctor Cuenca todas las grandes cualidades que hicieron de él, durante toda su vida, un dechado de virtud.

Guardemos, compatriotas y amigos míos, guardemos constantemente su recuerdo; guardémosle profundamente grabado en nuestro corazón y en nuestro pensamiento, y sea este recuerdo como el faro que nos guíe siempre por el camino del bien, del deber y del honor, que constituyeron el trípode moral de la luminosa existencia del ilustre muerto.

Doctor Carlos A. Mac Lean

Ha fallecido en esta Capital el 4 del corriente, el conocido facultativo doctor Carlos A. Mac Lean.

Nacido en el año 1857, este compatriota había cursado sus estudios de Medicina en la Universidad de Edimburgo, habiendo ocupado el cargo de Interno en el Hospital de Bootle, en Liverpool, durante tres años y medio y practicado también en el Hospital de Guy's de Londres.

Terminada su carrera, regresó a nuestro país en el año 1884.

Después, durante los primeros años de su carrera, tuvo ocasión de demostrar su excelente preparación clínica y sentimientos caritativos.

En estos últimos años, vivía casi retirado del ejercicio profesional.

El fallecimiento de este apreciable facultativo ha causado penosa impresión entre las numerosas relaciones personales con que contaba en nuestra Capital:

Enviamos a los deudos del doctor Mac Lean nuestros sentimientos de condolencia.

Farmacéutico Ernesto Paccard

† el 21 de abril del corriente año

Ernesto Paccard tuvo desde muy joven predilección por la carrera de farmacéutico, cuyo título obtuvo después de bri-

llantes estudios, y que registró en el Consejo Nacional de Higiene en el año 1879, para dedicarse al ejercicio de su profesión con un buen caudal de conocimientos científicos y prácticos que le valieron merecidas distinciones entre sus colegas.

Radicóse primero en el Departamento de Rivera y más



tarde en Villa Colón, de donde pasó a ocupar el cargo de Inspector de Farmacias, puesto que desempeñó con entera independencia.

Y, a pesar de sus muchas ocupaciones, no abandonó nunca las cuestiones de interés general concernientes a su profesión; poseía un verdadero amor a las investigaciones científicas, como lo evidencian las obras que deja escritas y los aparatos de su invención; de los que mencionaremos los que nuestra memoria recuerda, y que tan solo por su propia modestia no son más conocidos:

Apuntes Científicos—1898.—Folleto con varios artículos de carácter científico.

Plantas Medicinales de las Repúblicas Oriental y Argentina—1905.—Ilustrada con varios cromolitografías.

Cuadro de toxicología. Venenos y contravenenos—Profusamente ilustrado.

Inventos: Máquina congeladora, regeneradora y de destilación.

Líquido para la conservación de materias orgánicas.

Glucosómetro Paccard, o gluco-fermentómetro.

Pila Paccard para la transformación de fuerzas físicas.

Sonda eléctrica (aparato sacabalas) dedicado especialmente a la cirugía militar.

Tablero eléctrico para votar automáticamente. Este aparato, ideado por el señor Paccard hace más de veinticinco años, se ha puesto recientemente en práctica en un parlamento de un Estado norteamericano, y su implantación ha dado lugar a comentarios de la prensa universal, pero atribuyéndolo a un inventor yanqui.

Resumen de los comentarios sobre el Códex Medicamentarius de 1908.—Proyecto para formar la Botánica Médica Uruguaya.

Y, además, muchos otros pequeños inventos que no recordamos en este momento.

La pérdida de este estimado colega ha sido profundamente lamentado en todos los centros sociales, porque su muerte no nos priva solamente de un elemento útil, sino también de una persona virtuosa, poseedora de una benevolencia nativa y de un carácter jovial, que atraía la amistad de todo el que le trataba.

E. Tobler.

El acto de la inhumación de los restos del señor Ernesto Paccard dió motivo a una sentida manifestación de duelo.

Publicamos a continuación los discursos pronunciados en dicho acto:

Discurso del señor Pascual Prado

Señores:

Antes de que la tierra guarde los despojos del que en vida fué nuestro querido e inolvidable amigo Ernesto Paccard,